



ESTADOS UNIDOS: UNA CRISIS DE ORDEN ESTRUCTURAL

JOSÉ C. VALENZUELA FEIJÓO¹

I.- Una crisis cíclica y del patrón de acumulación.

La gran crisis que se viene desplegando desde el 2008, con seguridad cubrirá todo el 2009 y, muy probablemente, también todo el 2010. Su profundidad y extensión empiezan ya a recordar, ominosamente, la gran crisis del 29-33. En términos de las formas geométricas que a veces se usan para describir la curva cíclica, ya nadie piensa en una uve mayúscula (V), una leve mayoría espera una vocal como la última del alfabeto (U) bien suavizada y una parte creciente empieza a temer una posible ele (L). Y amén de profunda y larga, se trata de una crisis que afecta al mundo entero; es decir, es también una crisis globalmente sincronizada.

Pero hay más: la crisis actual, inicialmente financiera y luego real, tiene todos los visos de ser una crisis terminal, la del patrón neoliberal que ha venido imperando en las últimas décadas. ¿Cuál es el criterio que permite sostener que amén de cíclica se trata de una crisis del patrón de acumulación –neoliberal– que ha venido imperando en Estados Unidos y en buena parte del resto del mundo desarrollado y subdesarrollado. Para el caso, se sostiene que un “ciclo perverso” o “mal comportado” es el más claro síntoma de una crisis del patrón de acumulación vigente. ¿Qué se entiende por un “ciclo perverso”? Usualmente, en condiciones normales, cuando el punto de crisis inaugura la recesión, se abre una etapa en que aparte de los rasgos conocidos (caída de la inversión, del PIB, del empleo, etc.), también se empiezan a corregir, gradualmente, los problemas que en la fase del auge desembocaron en el punto de crisis. Por ejemplo, si el problema crucial fue una caída de la tasa de ganancia provocada por un aumento de los salarios superior al de la productividad, cuando la recesión empieza a operar el desempleo se extiende más y más. Con ello, se debilitan las organizaciones sindicales y el poder de regateo de los asalariados se debilita profundamente. Al cabo, el salario real desciende y, sobremanera, la relación salario- productividad se va reduciendo más y más. Con ello, la tasa de plusvalía se eleva y, al cabo, la tasa de ganancia se recompone, dando lugar a la recuperación y el consiguiente nuevo auge. En breve, tenemos que el ciclo económico capitalista se asienta en causas internas: el auge provoca problemas que desembocan en la crisis y recesión. A su vez, la recesión engendra procesos que recomponen a la rentabilidad del

¹ Departamento de Economía, UAM-Iztapalapa.

capital y la consiguiente actividad inversora. Por lo mismo, termina por engendrar un nuevo auge. Esta es lo que se suele calificar como trayectoria “normal” o “bien comportada” del sistema.

No obstante, cada cierto tiempo, la recesión deja de cumplir con eficacia sus labores de limpieza y sanidad. Lo que ella puede cumplir, ya no basta para volver a reanimar al sistema. En tales casos, se habla de un “ciclo perverso”. Y lo que este fenómeno pasa a mostrar es que el sistema está reclamando un cambio mayor, de orden estructural, para volver a asumir una conducta dinámica. En estos casos, podemos sostener que se abre un período de transición, desde el patrón de acumulación vigente a otro patrón de acumulación, uno que sea capaz de resolver las contradicciones que precipitan la crisis última del patrón vigente.

¿Qué implica un cambio en el patrón de acumulación? Apuntando a las dimensiones básicas del fenómeno tendríamos: a) cambio en los modos de producción, distribución y utilización del excedente económico (en el capitalismo, de la plusvalía); b) cambios en los modos del relacionamiento externo de la economía. En el caso de potencias imperiales como Estados Unidos, redefinición de los nexos tanto con las otras grandes potencias como con la periferia (o polo subdesarrollado) del sistema; c) cambios en la esfera política: al interior del bloque de poder, desplazamiento de la fracción dirigente (hegemónica) por otra capaz de encabezar el nuevo estilo y cambios en los mecanismos de dominación. Es decir, en la relación bloque dominante versus clases dominadas.

Tales cambios, aunque preserven la matriz básica del sistema, son de orden mayor y suelen implicar turbulencias políticas mayores. Y conviene subrayar: i) el cambio no es casual ni responde a impulsos puramente voluntarios. El cambio, en su mayor parte, viene definido por los problemas estructurales que el patrón periclitado no ha sido capaz de resolver. Por ejemplo, si un problema grave del viejo patrón era una pésima distribución del ingreso (tanto que termina por ser disfuncional al mismo capitalismo), el patrón de reemplazo, para poder funcionar y consolidarse, debe ser capaz de resolver tal problema; ii) la clase o fracción clasista capaz de encabezar y dirigir el recambio, tampoco es fruto del azar. Se trata de que exista una fracción clasista que, por su posición objetiva en el orden económico vigente, opere con intereses objetivos que la lleven a impulsar la política que exige la implantación del nuevo patrón de acumulación. Valiendo algo análogo para definir el bloque social que va a empujar el cambio.

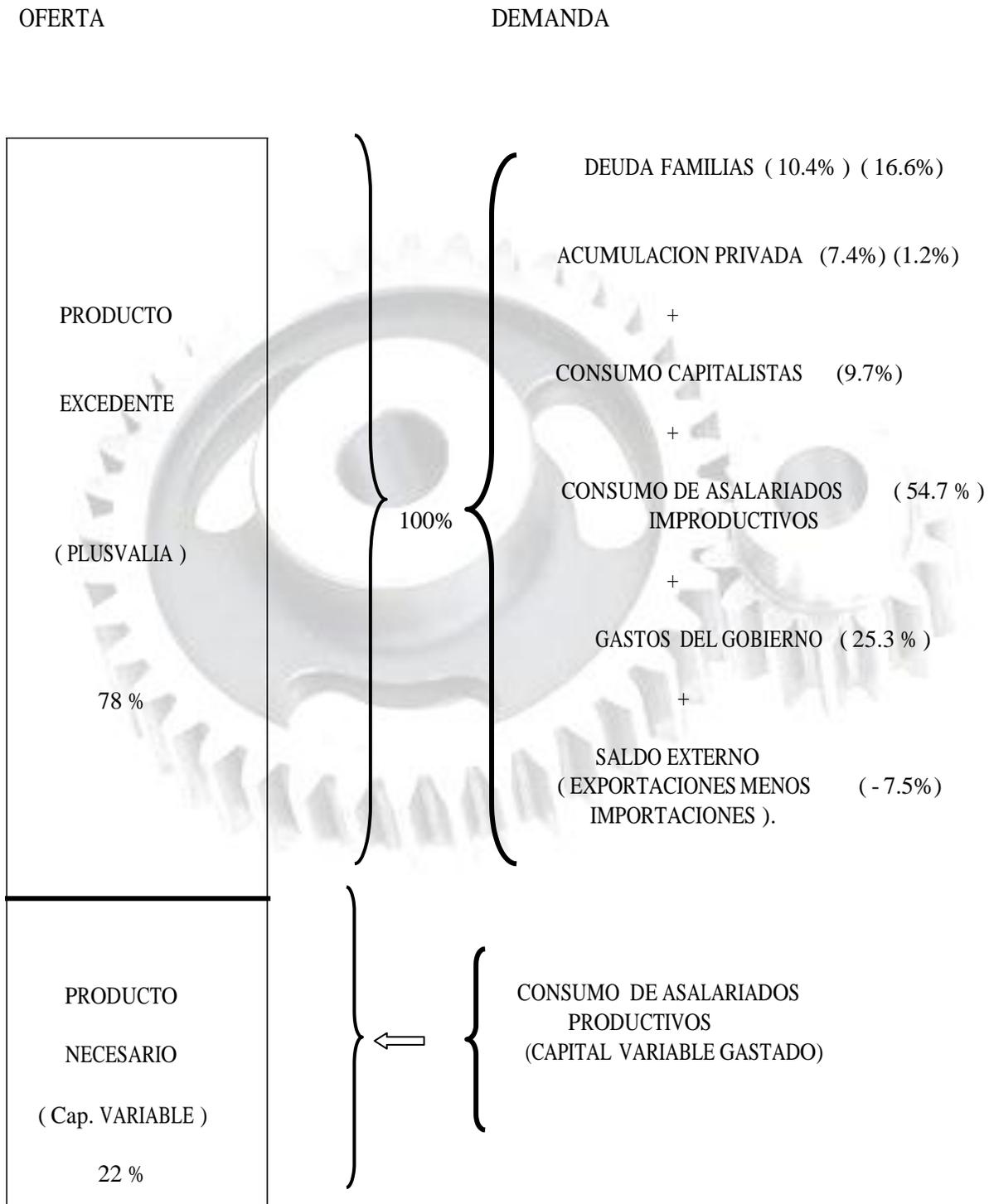
No está demás insistir: el cambio socio-económico también está sometido a leyes objetivas. Lo cual, para nada supone negar el decisivo papel que debe jugar el factor subjetivo, el de las condiciones ideológicas y políticas que exige la materialización del cambio.

II.- El patrón neoliberal, rasgos básicos. El problema de realización que emerge.

La crisis actual, siendo de orden estructural, exige liquidar al patrón neoliberal.

Este patrón de acumulación, se tipifica por algunos rasgos centrales que conviene recordar: a) dominio, en las alturas del poder, del capital financiero-especulativo; b) gran aumento de la tasa de explotación (o tasa de plusvalía), proceso que, además, se apoya en alto grado en el estancamiento o descenso de los salarios reales. En el último periodo, la tasa de plusvalía ha llegado a una magnitud de 3.63, cifra diríamos que es casi “impropia” y que, por demasiado elevada, bien se puede calificar como económicamente “disfuncional”; c) a partir del aumento en la tasa de plusvalía, notable aumento del excedente y, en especial, del potencial de reproducción ampliada (o relación excedente a ingreso nacional). De hecho, tenemos que más de las tres cuartas partes del

DIAGRAMA I: GASTOS SOBRE LA PLA PLUSVALÍA.



Nota: Las cifras del segundo paréntesis suponen que la inversión residencial se financia con crédito.

Fuente: J. Valenzuela, "La gran crisis. Trasfondo estructural e impacto en México"; en prensa.

Ingreso Nacional (un 78%), han pasado a funcionar como excedente (ver Diagrama D); d) un proceso de inversión que se torna anémico, sobremanera para la inversión que se aplica en los sectores productivos. O sea, muy al revés de lo que plantea la teoría neoclásica dominante, la peor distribución del ingreso no ha incentivado, ni el ahorro ni la inversión; e) la conjunción del alto excedente con los bajos niveles de inversión, origina un eventual problema de realización que puede llegar a ser muy agudo; f) en el caso de Estados Unidos, el gasto público no resuelve el problema: si bien no ha descendido, el mismo dogma neoliberal reprime su eventual crecimiento (salvo en períodos de crisis mayor como la que ha empezado a procesarse); g) al revés de lo que suele suceder con las grandes potencias imperiales, en Estados Unidos el saldo externo es negativo. Es decir, los mercados externos no operan como factor de realización sino al revés: agravan el problema.²

Los últimos dos puntos, el f) y el g), nos indican que los a veces denominados “mercados artificiales” (el público y el externo), no resuelven el problema de realización que provoca el dato más estructural. Como lo muestra el Diagrama I, o, si a tales mercados le agregamos el gasto en inversión, apenas si llegamos a una cuarta parte de la plusvalía que genera el sistema. Si no hubieran otros mecanismos, el sistema se desplomaría estrepitosamente.

III.- Breve paréntesis: el modelo de Tugan y su contraste con el neoliberal.

Antes de seguir, conviene introducir un breve paréntesis. En el modelo neoliberal, se combina una muy alta tasa de explotación con una esmirriada inversión real y productiva. Por lo mismo, emerge la espiral de la especulación financiera. ¿Pudiera darse otra combinación? Al margen del modelo neoliberal sí es posible otra articulación. Por ejemplo, en lo que podemos denominar “modelo a la Tugan-Baranovsky”, tendríamos también una alta tasa de explotación, pero unida a un muy fuerte proceso de inversión.

¿Cuáles serían los requisitos que exigiría este patrón de funcionamiento? De acuerdo a lo que muestra la experiencia histórica (amén de la lógica económica), tal estilo resulta viable si se cumplen dos condiciones básicas.

Primero, la existencia de un paquete de innovaciones tecnológicas mayores, capaces de generar efectos de arrastre muy fuertes y que se extiendan por la mayor parte de la economía. Digamos, en este marco, que al revés de lo que inicialmente se creyó, la revolución tecnológica en el plano de la industria cibernética, no alcanzó a tener los efectos de arrastre que inicialmente se le supusieron. Y una vez que estos se debilitaron, la magnitud del problema de realización antes mencionado, se agravó considerablemente: la economía cayó en el esquema de parasitismo acentuado en que se combinan una pésima distribución del ingreso, bajos ritmos de inversión real y creciente hipertrofia del sector financiero.

Segundo, una activa intervención estatal. No se trata de intervención genérica sino de una muy precisa: a favor del desarrollo tecnológico y de la industria pesada (de bienes de capital, en

² Este es un problema muy importante que amerita un examen especial que aquí no haremos. Tiene que ver con el creciente parasitismo de la economía estadounidense, sus debilidades productivas y la competencia externa y la facilidad con que ha venido financiando su déficit. Como bien se ha dicho, aquí no corre ningún FMI obligando a ajustes extremos.

especial). La intervención debe concretarse en términos de la creación de empresas estatales o mixtas y, como mínimo, de un vasto apoyo (por medio de subsidios, aranceles protectores, políticas de compras preferenciales, políticas de calificación de la fuerza de trabajo, etc.) a las empresas que encabezen el proceso. Las cuales, por la misma naturaleza de las cosas, deben ser grandes corporaciones de carácter monopólico. Con lo cual, la regulación estatal, a la vez que las favorece, las debe prácticamente obligar a una agresiva política de inversión y crecimiento.

Demás está señalar; en tal contexto, el desarrollo debe orientarse hacia los mercados internos, Departamento I (medios de producción) de la economía. Y también, hacia los mercados externos.

Puede verse de inmediato el contraste entre este estilo y el neoliberal. En éste también está presente una alta tasa de plusvalía. Pero en vez de inversión y crecimiento, lo que se logra es despilfarro, especulación financiera y estancamiento

IV.- Cómo aborda el neoliberalismo el problema de realización.

En el patrón neoliberal estadounidense el excedente alcanza niveles altísimos. Entretanto la inversión privada, el saldo externo y los gastos del gobierno sólo alcanzan a realizar una escasa cuarta parte del excedente generado. Lo cual, en ausencia de otros gastos de realización, pudiera provocar un estrepitoso derrumbe de la economía. Algo que durante algún tiempo no sucedió.

De dónde, la pregunta: ¿cuáles han sido las salidas o mecanismos que se han puesto en juego?³

Primero, tenemos un brutal crecimiento de los gastos improductivos. Si sumamos el consumo capitalista a los salarios improductivos, alcanzamos a un 64% de la plusvalía total. Y recordemos un dato básico: desde el punto de vista de los problemas de realización del plusvalor, los gastos improductivos poseen una característica “virtuosa”: al igual que vg. la inversión, operan como factores de demanda; pero al revés de la inversión, no funcionan incrementando la oferta de productos.

Un segundo factor de ajuste tiene que ver con el grado de utilización de las capacidades productivas. Es decir, con la tasa de operación. Los problemas que emergen por el lado de las ventas se reflejan, al menos en un primer momento, en el descenso de la tasa de operación. Se podría esperar que el descenso cíclico de esta tasa provoque un descenso de la inversión (a nadie se le ocurre incrementar la capacidad instalada cuando hay problemas de ventas), con lo cual, al cabo de algún tiempo, se recuperarían los niveles de utilización normal. Pero lo que se observa, junto a la oscilación cíclica previsible, es una tendencia secular al descenso en el grado de utilización de las capacidades productivas. Entrar a un examen pormenorizado de este fenómeno es algo que aquí no corresponde. Por ello, nos limitamos a indicar que parece estar asociado al creciente peso de las estructuras oligopólicas y a la mayor inestabilidad del crecimiento.

Tercero: la menor tasa de operación, aunque sea como fenómeno latente, provoca un claro impacto negativo en los niveles de inversión. Por lo mismo, salvo que emerjan innovaciones tecnológicas mayores y con grandes efectos de arrastre⁴, la inversión termina por acompañarse a una demanda muy poco dinámica. Y valga subrayar: el lento crecimiento de la inversión está señalando que las capacidades de producción se tiende a compasar con los mercados de venta. Por lo mismo,

³ Las cifras, para EEUU, se muestran en el Diagrama I.

⁴ Hipótesis muy subrayada por Paul Sweezy.

la tasa de operación se nos muestra como recuperada, con niveles no bajos. Pero esto, no significa que se esté en tiempos de bonanza y la prueba de ello, son justamente los anémicos ritmos de la inversión.

Luego, tenemos que los bajos ritmos de la inversión se traducen indefectiblemente en bajos ritmos de crecimiento. Esto, no solamente respecto a períodos previos sino que, muy especialmente, respecto al potencial de crecimiento de la economía. Además, valga insistir en un aspecto decisivo, si una alta tasa de plusvalía se combina con un bajo nivel de inversión real y productiva, la eclosión del capital financiero especulativo (con sus burbujas y demás) resulta inevitable. Es la salida –por engañosa y temporal que sea- que encuentra el sistema ante tales circunstancias. Y que sólo puede evitarse si la alta tasa de plusvalía se asocia a una oleada de grandes y mayores innovaciones tecnológicas (con grandes efectos de arrastre), unida a una fuerte y desarrollista intervención estatal.

En este marco, valga recordar: en el estilo neoliberal que nos viene preocupando, es el capital financiero-especulativo el que tiende a imponer su lógica al comportamiento del conjunto de la economía. Y como el sector financiero es muy inestable, su predominio arrastra al conjunto de la economía a una trayectoria más oscilante.⁵ Esta creciente inestabilidad es probable que esté a la base de la tendencia descendente de la tasa de operación. Y con toda seguridad, también afecta negativamente a la tasa de inversión.

Un cuarto y muy importante factor también tiene que ver con el capital financiero y se refiere a los fuertes procesos de endeudamiento en que incurren empresas y familias. En el caso de las empresas, tenemos un doble y peligroso movimiento: por el lado de los activos, crece exponencialmente el peso de los activos financieros. Asimismo, la relación pasivos a capital propio se va por encima de lo que se considera normal y seguro. Por lo mismo, el nivel de los pasivos se acerca al nivel de los activos. Y si hay un crack bursátil, los activos se desploman (por el peso de los valores financieros que detentan las empresas) y la quiebra técnica se torna inminente. Para el problema de la realización, el consumo adicional de las familias que viene financiado por el crédito, ha venido jugando un rol fundamental. Valiendo algo similar con la construcción residencial. Y bien se puede sostener que sin este mecanismo de la deuda, la economía ya se habría derrumbado. Pero no es menos cierto que se trata de un mecanismo con claros límites y que, a partir de cierto nivel, se torna extremadamente peligroso e insostenible. Estos límites, ya se han alcanzado en la actual crisis. Por lo mismo, tenemos que la deuda ha funcionado como una ayuda importante pero temporalmente limitada. Más aún, en la misma medida que ha venido creciendo, se ha venido incubando un estallido inevitable y de muy graves consecuencias. En suma, nos encontramos con un remedio temporal que termina por ayudar a la muerte del paciente.

Un quinto factor es un “factor mentiroso” y se refiere a la especulación bursátil. Es decir, a la inversión financiera, lo que supone operaciones con esos títulos de papel que Marx denominara capital ficticio. Las operaciones circulatorias que tienen lugar en el espacio financiero, se suelen disociar de la economía real. Sobre todo, cuando lo dominante es la búsqueda de ganancias de capital. Precisemos esto.

¿Qué sucede cuando algún agente económico compra un título financiero? Primero, esa compra no supone la venta de ningún bien intermedio, de inversión o de consumo. Es decir, no juega como factor de realización de ningún componente del producto generado (no son productos los que se compran y venden). En este caso, el dinero no se gasta para comprar medios de

⁵ Ver Howard J. Sherman y David X. Kolk, “Business Cycles and Forecasting”, cap. 14. HarperCollins, N. York, 1996.

producción (i.e. como inversión real) ni para comprar bienes de consumo. Segundo: ¿qué persigue el vendedor del título? Lo obvio es que al desprenderse del título obtiene dinero, constante y sonante. A la vez, pierde la corriente de ingresos futuros que ese título (bono, acción, etc.) le puede permitir. ¿Por qué le puede interesar el dinero? En general, podemos distinguir dos posibles motivos: i) necesidades de liquidez inmediata por parte del vendedor; ii) la posibilidad de tener ganancias de capital.

El primer motivo (liquidez) puede responder al manejo normal del capital de trabajo; se trata de créditos revolventes y de muy corto plazo. Por lo mismo, la venta del título supone una muy reciente compra y así sucesivamente. Se trata, simplemente, de sacar algún provecho a fondos líquidos temporalmente disponibles y de un proceso estrictamente normal. Pero en otras ocasiones la liquidez se busca porque el proceso de reproducción se ha atascado y ha surgido la crisis. Fenómeno al cual ya hemos aludido.

El segundo motivo es el que nos interesa y supone la conversión del título financiero en dinero por las ganancias que esto puede reportar. Es decir, el vendedor compara el precio de compra de ese activo con su precio de venta, percibe que la diferencia es atractiva y procede a vender. Lo cual supone que el precio de los títulos está subiendo a cierta velocidad y que las posibles ganancias de capital obtenibles superan a las ganancias “normales” que devenga el título (intereses, dividendos, etc.). Y lo que visualiza el vendedor, también lo pasa a percibir el comprador: éste compra los títulos por puro afán especulativo, para vender a futuro y lograr las ganancias de capital del caso. Se genera así una espiral especulativa que puede alcanzar dimensiones insospechadas. En este contexto, lo que manda es la especulación. Asimismo, la posibilidad de esas ganancias de capital va asociada a la existencia de una burbuja especulativa y, por esta vía, el dinero inicialmente invertido (D), se transforma en un dinero incrementado (D'), en que $\Delta D = D' - D =$ ganancias de capital. Aquí, el dinero no se busca como simple medio de compra sino como equivalente general, como expresión concreta de la riqueza universal.⁶ En este contexto, el especulador se hermana con el capitalista industrial –ambos, persiguiendo el valor incrementado o plusvalor-, aunque lo hagan por caminos bastante diferentes. Uno, dirigiendo el proceso de creación del valor y del plusvalor; el otro, simplemente apropiándose de un valor ya existente.

En este marco, tratemos de situarnos en las motivaciones de los capitalistas, el industrial y el financiero. Ambos buscan acrecentar su capital, obtener las mayores ganancias posibles. El industrial lo logra al vender las mercancías que ha producido, al transformarlas en dinero.⁷ Al hacerlo, se siente satisfecho, con la sensación del deber cumplido. Es decir, al realizar el valor de sus mercancías y obtener las ganancias del caso, también se “realiza” como persona, como capitalista: ha cumplido su rol. Que de paso esto signifique satisfacer también las exigencias de la reproducción macroeconómica del sistema es algo de lo que no está consciente y muy probablemente ni le interesa.⁸ En cuanto al capitalista financiero, su misión en la vida consiste en “hacer dinero con dinero”. Por lo mismo, si tiene éxito en sus propósitos, se siente tan realizado como el capitalista industrial: también ha cumplido su papel. En este sentido, podemos plantear que

⁶ “Sólo actúa como capitalista, como capital personificado, dotado de conciencia y de voluntad, en la medida en que sus operaciones no tienen más motivo propulsor que la apropiación progresiva de riqueza abstracta.” C. Marx, “El Capital”, Tomo I, pág. 109. FCE, México, 1974.

⁷ Por supuesto, al venderlas a un precio superior a su precio de costo capitalista.

⁸ El capitalista, no “se propone, por lo general, promover el interés público, ni sabe hasta qué punto lo promueve (...); sólo piensa en su ganancia propia; pero en éste como en otros muchos casos, es conducido por una mano invisible a promover un fin que no entraba en sus intenciones.” A. Smith, “La riqueza de las naciones”, pág. 402. FCE, México, 1981.

en el plano microeconómico las cosas son esencialmente similares. En breve, si la inversión – financiera o productiva- resulta rentable, los agentes del caso estarán felices (sin humores vítreos ni hígados descompuestos, Keynes dixit) y tenderán a seguir invirtiendo, incluso a escala ampliada.

Puede también darse una situación diferente: que a nivel microeconómico las empresas industriales encuentren dificultades (ventas insuficientes, baja rentabilidad, etc.), mientras las financieras gocen de gran prosperidad. Marx señalaba que “puede producirse una acumulación, una superproducción de capital de préstamo que sólo guarda conexión con la acumulación productiva en el sentido de que se halla en relación inversa a ella.”⁹ En el mismo sentido, Sweezy escribía que “el sector financiero puede prosperar mientras el sector productivo continúa estancado.”¹⁰

En este caso, tenemos una situación macroeconómica que presenta dificultades, eventualmente crecientes, lo que entorpece la dinámica del sector productivo. A la vez, un sector financiero que genera altas ganancias, atrae capitales y se expande más y más: “el capital prestable, como cualquier otra mercancía, acude donde mejor partido se saca de él.”¹¹ Aquí, impera la euforia y cuando en Wall Street hay fiesta, los medios reviven al pobre Dr. Pangloss y se encargan de dar la impresión de que todo marcha para bien en el mejor de los mundos posibles. Pero esto no es más que una máscara que engaña y que no puede eternizarse: como la producción de plusvalía (y de valores) se ha estancado o decrecido, esta situación a la larga es insostenible. Pero puede existir y hasta prolongarse por un período no corto. Este es un primer punto a subrayar: la euforia financiera provoca un efecto de ocultamiento de los problemas que enfrenta el sector real.

En un contexto como el descrito, lo que hemos denominado satisfacción microeconómica (ahora sólo válida para el sector financiero), se combina con serios problemas macroeconómicos, los que surgen en el espacio de la realización. Más precisamente, como en el espacio financiero los propósitos de ganancia sí se satisfacen, el sector no sólo atrae a los ingentes recursos líquidos que no encuentran aplicación en el espacio de la producción.¹² Junto con ello se crea un gran espejismo: la de un capitalismo que sí genera ganancias y no padece problemas de realización. En otras palabras, al efecto de ocultamiento le sigue, como si fuera su sombra, el efecto de espejismo. Al ocultarse lo problemático del sector real, sólo se visualiza la euforia del financiero y se pasa a creer que toda la economía camina muy bien. Es como el espejito de las hermanastras de Cenicienta: presenta como bello, lo que está gangrenado. Este espejismo, asimismo, posee cierta fuerza inercial. Es decir, los problemas de la economía real se pueden agravar sin que lleguen a afectar, instantáneamente, al sector financiero.¹³ Mientras dura el espejismo, la euforia se prolonga y los problemas reales parecen silenciados y enmascarados. Opera aquí un desfase temporal cuya longitud está muy conectada a la duración de la burbuja especulativa. Por lo mismo, en este período puede generarse la impresión de que “las cosas van bien”. Es decir, opera el espejismo ya mencionado y por eso hablamos de un “factor mentiroso”: no resuelve el problema pero parece hacerlo. Y mientras más dure esta apariencia, mayor será la mistificación que envuelve a la opinión pública. A la vez, mayor será el tamaño del reventón y de la crisis.

⁹ C. Marx, “El Capital”, Tomo III, pág. 464. Edición FCE citada.

¹⁰ P. Sweezy y H. Magdoff, “Estancamiento y explosión financiera en Estados Unidos”, pág. 111, Siglo XXI, México, 1987.

¹¹ Walter Bagehot, “Lombard Street”, ob. cit., pág. 49. Edición citada.

¹² Como ha venido ocurriendo en Estados Unidos, inclusive se atraen capitales líquidos del tercer mundo.

¹³ Como diversos autores lo han subrayado, al revés de lo que supone el corpus neoclásico, los agentes económicos no reaccionan instantáneamente al cambio de los parámetros en juego. En su conducta, hay un componente inercial muy importante.

V.- Observación final.

En términos históricos, el capitalismo ha sido lo que es porque supo conjugar la obtención de ganancias (más precisamente, la apropiación del excedente), con la producción de ese excedente: “el capital es la tendencia permanente a crear más plusvalía” decía Marx.¹⁴ Casi desde sus mismos inicios, el sistema le señaló a los capitalistas que sus ganancias estaban en alto grado determinadas por la plusvalía que eran capaces de producir en sus establecimientos fabriles. Asimismo, aprendieron que esta plusvalía estaba muy asociada a los niveles de productividad que podían alcanzar. En otras palabras, los agentes del capital tomaron conciencia que alcanzar los mayores niveles de productividad era un requisito clave para acceder a ganancias altas y crecientes. A la vez, que la mayor productividad del trabajo era altamente dependiente de la “densidad de capital” (activos fijos sobre población ocupada) y que ésta se elevaba –al igual que la absorción del progreso técnico- en la medida que la acumulación de capital era mayor.

No fueron así las cosas en los antiguos modos de producción, como el esclavista y el feudal, en los cuales la apropiación se desligaba de la producción del excedente. En general, en estos sistemas, los titulares del excedente tenían que ver poco o nada con su producción. Inclusive, en términos de los valores morales que manejaba la clase alta en esos tiempos, la vinculación o contacto con el espacio de la producción era algo desdorado, impropio de gente con alcurnia. Por lo mismo, nos encontramos con los bajos ritmos de crecimiento de la productividad y el producto que tipificaron a tales sistemas. Algo que mucho contrasta con el alto dinamismo histórico del capitalismo.

No obstante, la historia parece ofrecer novedades. Cuando emerge la hegemonía del capital financiero (que es el caso en el modelo neoliberal), apropiación y producción se disocian en muy alto grado y el sistema tiende a estancarse, a abdicar de lo que ha sido su tremenda fuerza histórica. Es lo que hemos venido examinando y que nos muestra el creciente parasitismo y la decadencia histórica de este modo de producción.

Los problemas que han precipitado la actual crisis son de orden estructural. Pudieran abrir el paso a una solución anti-capitalista, pero las actuales condiciones políticas del mundo (mas bien de EEUU), no facilitan ese tránsito. En todo caso, si en Estados Unidos no se abre el paso a un reordenamiento estructural, la crisis no se superará. Recordemos el dato estructural: una distribución del ingreso muy regresiva asociado a bajos niveles de inversión productiva. Lo cual, se termina por expresar en la hipertrofia financiera (burbujas especulativas y demás). La salida, en consecuencia, debe apuntar a: a) reducir la cuota del excedente respecto al ingreso nacional. O sea, bajar la tasa de plusvalía y mejorar sustancialmente la distribución del ingreso; b) elevar drásticamente el nivel de la inversión productiva. Lo cual, a su vez exige: i) impulsar drásticamente la intervención estatal a favor del tal inversión; ii) asegurar la emergencia de un paquete de grandes innovaciones tecnológicas, capaces de arrastrar a la inversión privada y, por ende, al crecimiento. Algo que –valga el comentario- parece haber captado el presidente Obama. Por lo menos a nivel de declaraciones programáticas. Algo que no será fácil de materializar.

El desafío es mayor: el gran país del norte debe desahuciar al estilo neoliberal y avanzar a un nuevo tipo de capitalismo, a un nuevo patrón de acumulación que conjugue una mejor

¹⁴ C. Marx, “Elementos fundamentales para la crítica de la Economía Política” (Gründrisse); Tomo I, pág. 277. Edic. Siglo XXI, México, 1980.

distribución del ingreso, el impulso al sector industrial productivo y el control-restricción del capital financiero. Asimismo, a la mejoría de su saldo externo (algo que provocará serios diferendos con otras potencias y con países periféricos en ascenso). Todo esto, en el marco de una nueva y fuerte intervención estatal y del correspondiente cambio o desplazamiento de fuerza dirigente y hegemónica en el seno del bloque de poder.

Los tiempos que vienen, sin duda serán turbulentos: cuando los grandes gigantes se desperezan y buscan modificar su modus vivendi, todo el mundo se ve conmovido y arrastrado al cambio. Y que sepamos, en la historia ningún cambio estructural o de orden mayor, se ha hecho con suavidad y buenos modales. El conflicto y la violencia, desde siempre han sido las “parteras” de lo nuevo en la historia. Y no es cosa de evadir, en el sueño, esta evidencia que nos muestra el decurso de nuestros tiempos. De lo que se trata, como siempre, es que opere a favor del progreso histórico, tanto en el centro como en la periferia del sistema.

Al cabo de varias décadas de conservadurismo, los cambios estructurales vuelven a ponerse a la orden del día. Y en vez de temerlos, los debemos asumir con el compromiso y la alegría que todo progreso histórico nos debería insuflar.